

ACTO POLÍTICO DE RECORDAR: CONJUGANDO EL PASADO EN EL PRESENTE DE LAS LUCHAS OBRERAS EN BELLA UNIÓN, URUGUAY

Political Act of Remembrance: Conjugating the Past in The Present of Workers' Struggles in Bella Unión, Uruguay

ALEX MARTINS MORAES*

Fecha de recepción: 12 de diciembre de 2021 – Fecha de aprobación: 10 de mayo de 2022

Resumen:

En 2015, los dirigentes del movimiento popular de los cortadores de caña de azúcar de Bella Unión (Uruguay) se esforzaban por enunciar su propia autonomía colectiva a partir del rescate de ciertos indicios de un pasado enigmático. Este artículo teoriza esas evocaciones del pasado mediante la exploración de sus posibles convergencias con las premisas de un marxismo no historicista, identificado con el pensamiento de Walter Benjamin. Con base en observaciones realizadas en el contexto de una investigación etnográfica junto a la dirigencia de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, este trabajo indica que determinados procesos de antagonismo político encuentran su impulso decisivo en un “acto político de recordar”, es decir, en el esfuerzo de postular una relación de contemporaneidad y determinación entre acontecimientos cronológicamente separados. Este tipo de acto permite a sus protagonistas desplazarse del tiempo predecible de la resignación al tiempo experimental de la acción política.

Palabras clave: recuerdo; movimiento popular; política; autonomía; Walter Benjamin.

Abstract:

In 2015, the leaders of the popular movement of the sugar cane cutters of Bella Unión (Uruguay) were trying to enunciate their own collective autonomy by recovering certain 'indexes' of an enigmatic past. This article theorizes such evocations of the past by exploring their possible convergences with the premises of a non-historicist Marxism that is widely identified with the thought of Walter Benjamin. Based on the dialogues and observations carried out in the context of an ethnographic investigation among the leaders of the Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, this work suggests that certain processes of political antagonism find their decisive impulse in what should be called 'political act of remembrance', which consists of postulating a relationship of contemporaneity and determination between chronologically separated events. This kind of act allows its protagonists to move from the predictable time of resignation to the experimental time of political action.

Keywords: remembrance; popular movement; politics; autonomy; Walter Benjamin.

* Dr. en Antropología Social. Académico Campus Comum - Universidad Libre y Colectivo Máquina Crísica - Grupo de Estudios en Antropología Crítica, Brasil. Correo-e: alexmartinsmoraes@gmail.com

Éramos esperados sobre la tierra. También a nosotros, entonces, como a toda otra generación, nos ha sido conferida una débil fuerza mesiánica, a la cual el pasado tiene derecho de dirigir sus reclamos.
Walter Benjamin, “Tesis de filosofía de la historia”
(2001 [1940])

Lo que resta y lo que es activo y poderoso, es la palabra misma, enigmáticamente incompleta.
Michael Taussig, **Un gigante en convulsiones** (1995)

Introducción

Por ahora, ninguna contextualización exhaustiva podrá asegurar el sentido de los fragmentos que recorreremos a continuación. Dejemos que ellos surjan en su aspecto maleable e impositivo a la vez: son figuras dispersas, versos sueltos, semblantes pensativos, cuya mirada se proyecta desde el fondo de un tiempo enigmático. En el momento oportuno, nos acercaremos al pensamiento de quienes se atrevieron a tomar estos fragmentos para indagar sobre su enigma. Entonces quedará claro que esas personas, al explorar una posible verdad cifrada en el pasado rarefacto que las alcanzaba de golpe, han tenido la oportunidad de ensayar nuevas hipótesis frente a su propio presente. En efecto, estas elaboraciones son las que me propongo analizar y teorizar a lo largo de este artículo.

Estamos en Bella Unión, una ciudad del extremo norte del Uruguay, cuya economía ha dependido del cultivo de la caña de azúcar desde mediados del siglo XX. El movimiento popular bellaunionense es extremadamente combativo y muy inclinado a la acción directa. Su epicentro dinámico lo constituyen las bases sociales de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas, la UTAA. Recorreremos las calles de tierra de un barrio obrero, cruzamos

el patio de cemento donde la gente se reúne en los días de calor y, finalmente, avanzamos a través de las puertas metálicas que dan acceso a ese galpón de ladrillos expuestos y techo de zinc que algunos denominan “la casa de UTAA”. El interior del recinto, amplio y penumbroso, está amueblado con largos bancos de madera, mesas y sillas de plástico. Hay cuadros oscuros apoyados en una de las paredes laterales. En la pared opuesta, observamos unos paneles de cartón forrados con acetato transparente. Al acercarnos, notamos que la superficie de los paneles está recubierta con un collage de frases e imágenes dominado por el semblante de Raúl Sendic Antonaccio. Recortes rectangulares de papel con citas sueltas y pasajes de poemas circundan el rostro de Sendic, el más célebre dirigente del Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) y uno de los fundadores de UTAA. “Raúl se desvincula del Partido Socialista”, leemos en un trozo de papel. Otras informaciones se le van yuxtaponiendo:

... en una asamblea el 21 de setiembre de 1961, queda fundado el sindicato de la Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas [...] en 1963 Raúl pasa a la clandestinidad [...] fundan el Movimiento de Liberación Nacional [...] es detenido en un frío agosto de 1970 [...] TIERRA Y LIBERTAD [...] “el hombre es el único ser que vive sostenido por la esperanza y que aún puede ser aniquilado por la falta de ella” [...] “la vida quita y quita/ lo que antes daba y daba/ mucho, mucho se extravía/ pero al fin, como al principio/ queda el plan y la fantasía”.

Tras bordear las mesas y las sillas en el centro del zaguán, alcanzamos la pared de enfrente. Sobre la superficie sin revoque descansan dos cuadros acristalados que preservan fotografías de antaño. Desde la escala de grises emergen personas de todas las edades: están felices, sus gestos retienen fracciones infinitesimales

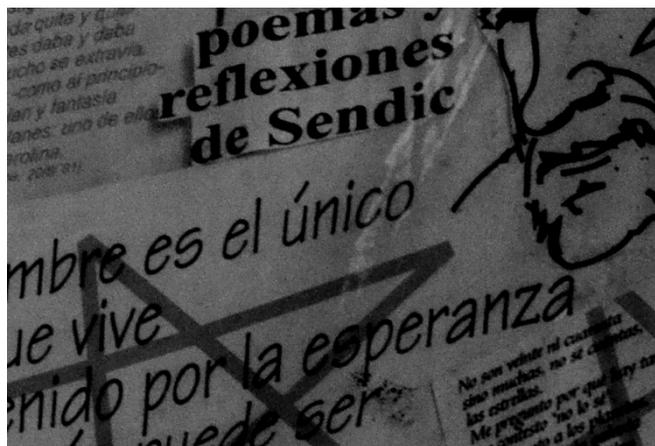
de actividades diversas que se remontan a los primeros años de existencia del sindicato. Es posible saber la época en que estas fotos fueron tomadas porque aún subsisten sobre el vidrio empolvado unas diminutas etiquetas de papel que registran fechas y topónimos.

Proseguimos nuestra visita: bordeando la pared, en dirección al fondo de la casa de UTAA, llegamos a un corredor que desemboca en el patio trasero. Si de casualidad, antes de retornar a la claridad exterior, miramos de reojo por la puerta entreabierta de la sala del directorio, quizás nos sentiremos observados por un retrato del viejo Sendic, barbudo y taciturno, parcialmente oculto detrás de los termos y los mates que descansan sobre una mesita de rincón.

“Acá viene gente que no sabe muy bien qué hacer y al rato sale con alguna idea, porque algo del espíritu del viejo queda acá”. Tras pronunciar estas palabras, Sandro, el presidente de UTAA, dio por terminada una reunión intersindical con los empleados de la empresa Green Frozen en el invierno austral de 2015. Durante tres décadas, Green Frozen había realizado el procesamiento

de verduras y legumbres congeladas en Bella Unión. Ahora, estaba a punto de cerrar sus puertas en forma definitiva. En la noche del 21 de septiembre, los trabajadores de la compañía decidieron buscar refugio en la casa de UTAA, donde esperaban encontrar una salida para el drama de la desocupación inminente. Sandro y sus compañeros estaban dispuestos a cooperar. Las características de esta cooperación, así como las apuestas colectivas a las que dio lugar, serán mi punto de partida para analizar bajo qué condiciones ciertos rastros fragmentarios del pasado pueden llegar a estimular la autonomía del pensamiento y la acción política en el tiempo presente. Este análisis requiere de algunas precisiones introductorias acerca de la problemática que pautaba el accionar político de UTAA hacia 2015. Asimismo, conviene indicar preliminarmente la existencia de posibles resonancias entre dicha problemática y determinadas expresiones del pensamiento marxista que se han ocupado de discutir el carácter singular de la práctica política y la intervención activa de temporalidades reprimidas en la constitución emergente de nuevas subjetividades rebeldes.

Aspecto de un collage expuesto en la “casa de UTAA”.



Fotografía tomada por el autor.

Entre 2013 y 2016, viajé reiteradas veces a Bella Unión. Durante mi período de trabajo de campo¹, tuve la oportunidad de vivir seis meses en esa ciudad ubicada en la única triple frontera que el Uruguay comparte con Brasil y Argentina. En aquel entonces, mi objetivo era investigar los esfuerzos de reflexión política impulsados por la dirigencia de UTAA en su tensa interlocución con el gobierno progresista del Frente Amplio², que desde mediados de la década de 2000 había estado invirtiendo sumas significativas de dinero en el fortalecimiento de la industria azucarera local. En 2006, cuando el primer gobierno frenteamplista recién empezaba a poner en marcha su ambicioso Proyecto Sucro-Alcoholero, UTAA encabezó una ocupación de tierras fiscales en las cercanías de la planta industrial de la flamante compañía estatal Alcoholes del Uruguay S.A. (ALUR). El objetivo de esa medida de lucha consistía en reivindicar que la política pública de fomento a la producción de caña de azúcar en el norte uruguayo también incluyera la asignación de parcelas cultivables a los asalariados rurales de Bella Unión. La demanda del sindicato fue aceptada a regañadientes por el gobierno frenteamplista, que desde 2007 pasó a incentivar un tímido reparto de tierras orientado a sostener la conversión de trabajadores asalariados en pequeños productores de caña de azúcar habilitados a proveer materia prima al ingenio de ALUR.

La relativa simbiosis entre la expansión de la agroindustria azucarera y las demandas agrarias de UTAA no estuvo exenta de contradicciones y dificultades, en buena medida derivadas de la fuerte dependencia técnica y financiera que subordinaba a los nuevos productores agrícolas a los imperativos de la industria, al tiempo que los convertía en explotadores de la fuerza de trabajo de sus

antiguos compañeros de sindicato³. En 2015, tras las elecciones gremiales del mes de junio, esta situación se convertiría en objeto privilegiado de atención por parte de UTAA, dado que los nuevos dirigentes del sindicato habían decidido replantear los horizontes del reclamo por tierras recurriendo a una separación tajante entre “lucha” y “gestión”. En estos términos, el acceso a la tierra ya no podría estar determinado por el trabajo asalariado y el monocultivo cañero —condiciones que lo volvían funcional a la agroindustria azucarera—, sino que debía alinearse con una disposición combativa (“lucha”) que no se dejara mediar por las modalidades ya existentes de posesión y uso de la tierra (“gestión”) practicadas en el marco del complejo agroindustrial nucleado por ALUR.

Emilio era el principal ideólogo de la nueva propuesta política que el sindicato estaba intentando desarrollar bajo la dirección de Sandro, quien condujo la mencionada reunión con los empleados de Green Frozen en septiembre de 2015. En la época de mi trabajo de campo, Sandro tenía 40 años de edad y ya había militado en el sindicato de la construcción civil mientras vivía en el sur del Uruguay. Luego de mudarse a Bella Unión, alrededor de 2010, decidió unirse a las filas de UTAA motivado por los relatos que había escuchado sobre el pasado revolucionario del sindicato. A su vez, Emilio desarrollaba un apasionado activismo comunitario junto a sus vecinos en los asentamientos populares de Bella Unión. En su adolescencia había sido muy cercano a algunos sectores de izquierda del Frente Amplio, pero cuando lo conocí, a la edad de 34 años, se esforzaba por elaborar su propia crítica respecto de un gobierno nacional que lo frustraba y al que consideraba necesario oponer “autonomía” y “lucha”.

En uno de nuestros primeros diálogos, cerca de un mes después de convertirse en dirigente de UTAA, le pregunté a Emilio qué pretendía hacer como miembro de la nueva directiva del sindicato. En esa ocasión, él señaló un retrato de Sendic colgado de la pared y comentó que sus fotos estaban allí para “recordarnos de cuál es la lucha de UTAA”. A continuación, relacionó esta lucha con la palabra “autonomía” y me explicó que ejercerla era defender no solo los intereses de quienes estaban oficialmente representados por el sindicato, sino también “los intereses de todo el pueblo”. Para mi interlocutor, conectarse con la “lucha de UTAA” exigía, precisamente, estar dispuesto a concebir y defender aspiraciones colectivas que rebasaban la negociación sindical y las pautas sectoriales. La lucha por la tierra cumplía esta función en cuanto participaba en una vasta “lucha por la dignidad”: “la lucha por la tierra significaba eso [...] estamos hablando de que vos puedas sustentarte, de que vos puedas ser dueño de tu nariz con un pedacito de tierra”. En sintonía con la separación entre “gestión” y “lucha”, la reivindicación agraria era pensada como algo necesariamente exterior a la “burocracia”:

La burocracia es la gestión. La burocracia frena el desarrollo de las condiciones de vida y de los intereses de la población. La burocracia va a favor de la parte que no es a favor de la parte del trabajador. La gestión te lleva a la burocracia y la medida de lucha te lleva a la acción inmediata. (Emilio)

Reparemos que, en estas reflexiones, la palabra “tierra” entra en constelación con las categorías de “lucha” y “dignidad”. Así, “tierra” pasa a evocar no solo el objeto de la disputa agraria, sino también su propósito máximo (“dignidad”) y las condiciones en las que las bases del sindicato estaban autorizadas a emprender esa disputa (“acción inmediata”).

Al movilizar la palabra “tierra”, Emilio reclamaba la aptitud de lanzarse a la acción inmediata, es decir, a la ocupación del suelo según criterios propios de intervención. Existía, entonces, una capacidad de acción disruptiva que mi interlocutor identificaba en sí mismo desde el exacto momento en que se pensaba como el sujeto de una potencial lucha por la tierra. En pocas palabras, “tierra” traía aparejado un cambio de actitud respecto de los medios disponibles para alcanzar el bienestar económico y la estabilidad laboral. Esta cadena de asociaciones desplegada por la palabra “tierra” era posible porque el término en cuestión pertenecía a un pasado político, en el cual Emilio y sus compañeros adivinaban la existencia de un tipo de disposición combativa cuyos herederos, en el tiempo presente, podrían ser ellos mismos, siempre y cuando estuvieran en condiciones de actualizar, por sus propios medios y en nuevos terrenos, aquella “autonomía” que, en épocas pasadas, había definido y redimensionado sucesivas veces el campo de acción y el sujeto colectivo identificado por el nombre UTAA.

En su denso e inspirador trabajo sobre el devenir histórico de UTAA⁴, Silvina Merenson (2016) evidenció que las diferentes categorías que han marcado la organización de la política popular en Bella Unión entre 1961 y 2006 —es decir, “peludos de UTAA”, “trabajadores”, “obreros”, “campesinos”, “excluidos”— podrían tomarse por índices de unas composiciones colectivas novedosas, susceptibles de inaugurar cursos de acción singulares en coyunturas nacionales históricamente específicas. Los cortadores de caña, en sí mismos, no constituirían un sujeto histórico, pero sí una posición social derivada de la división del trabajo en el marco de ciertas relaciones de producción. Sin embargo, nuevos sujetos

podrían constituirse *en medio* de los cortadores de caña, tramados por enunciaciones variadas que logran presentar una posición social determinada, inmanente al orden económico, en el registro de su mutabilidad intencional, o sea, en referencia a la *posibilidad política* que dicha condición social entrañaría.

Merenson periodiza las diferentes “conversiones” ideológicas e identitarias de la política popular en Bella Unión en el marco de una problemática de la nación, del proceso hegemónico nacional y del modo en que la gente construye repertorios eficaces para intervenir en él desde la superficie cambiante de su sistema moral y de sus experiencias generacionales, de clase y de género. En lo relativo a la palabra “peludo”⁵, que ha denotado no solo a los cortadores de caña en su condición social obrera, sino también a los protagonistas de múltiples secuencias de rebeldía desde mediados del siglo XX, la autora se pregunta si define la existencia de un “sujeto”. Su respuesta es que este término ha marcado ciertos procesos de subjetivación en determinadas coyunturas históricas, lo cual lo vuelve potencialmente disponible al lenguaje de la política en el Uruguay sin que, por ello, podamos anticipar el destino y las condiciones de su inscripción en las luchas y contiendas del porvenir (Merenson, 2016).

A semejanza de Merenson, en los análisis que propuse de algunas secuencias de organización y lucha en el norte uruguayo (Moraes, 2019; 2021a; 2021b), elaboré periodizaciones basadas en el análisis de las categorías específicas que han nombrado y ordenado circunstancialmente la capacidad de acción del movimiento popular de los cortadores de caña. No obstante, mi problemática investigativa ha privilegiado el abordaje de dichas secuencias en cuanto *obras*

políticas definidas por premisas intelectuales y horizontes específicos de posibilidades que, si bien interpretan la institucionalidad vigente y, en ocasiones, incorporan los diacríticos que delimitan el campo de lo legible en cada época, no se enmarcan plenamente en la historia de una hegemonía nacional. En mi perspectiva, la historia del Estado no siempre es coextensiva a la enunciación de las políticas, ya que estas últimas constituyen, eventualmente, sus propios condicionantes subjetivos a fin de operar una experimentación sobre –y no solo desde– los regímenes de clasificación y acción establecidos en distintas escalas. En esta clave de lectura, ciertos esfuerzos de organización y subjetivación política despliegan su cadena de causalidad propia, ya sea porque no se respaldan exclusivamente en los esquemas de pertenencia representados en el ordenamiento social vigente, ya sea porque deben postular sus antecedentes históricos con base en las evidencias de una acción colectiva pretérita que no legitime el estado de cosas actual.

La posibilidad de pensar la política como una especie de toma de partido que expone lo dado a la determinación de lo posible es deudora de cierto marxismo no historicista, cuyas bases fueron sentadas, de un lado, por Louis Althusser, cuando propone un análisis de las condiciones presentes de la práctica política, y, de otro lado, por Walter Benjamin, cuando indaga en el pasado efectivo de las obras políticas contemporáneas. Mi argumento está en convergencia con aquellas interpretaciones que identifican en Althusser un aporte fundamental para la comprensión de la política como efectividad subjetiva que puede pensarse en sí misma, y no solo en referencia a los aparatos de Estado y las categorías diagramáticas inherentes al desarrollo contradictorio

del capital (Lazarus, 1993; Badiou, 2009). En distintos momentos de su obra, Althusser cuestiona la tendencia historicista de achatar las relaciones de causalidad y desconocer la singularidad de las diferentes instancias prácticas, al hacerlas derivar del movimiento primordial de la contradicción económica (Althusser, 2015a [1967]; 2015b [1969]). Para él, la ideología y la subjetividad son instancias al interior de un todo-siempre-ya-dado, cuyas partes constitutivas no mantienen entre sí relaciones de derivación, sino de sobre-determinación. Según la lectura althusseriana, el concepto marxista de totalidad supone la articulación de distintas instancias que no son expresivas unas de otras y cuyos “presentes” no coinciden entre sí, es decir, no son plenamente “contemporáneos”. Los múltiples niveles de la totalidad tampoco constituyen las formas subjetivas inmanentes –o correspondientes– a algún contenido sociohistórico absolutamente real. No habría, pues, expresión directa entre una supuesta “historia presente” de la estructura económica y las llamadas superestructuras prácticas, sino que estas últimas expresarían el devenir sobredeterminado de su misma temporalidad⁶.

En este sentido, la “lucha de clases”, que en la obra tardía de Althusser (1988 [1970]) representa una figura de la política en subjetividad –y no una variable dependiente del orden económico–, delinea los contornos de un tipo de antagonismo que no se limita a reproducir posiciones, intereses y funciones dispuestos por los aparatos ideológicos, así como tampoco realiza una presunta necesidad contenida en la contradicción capital/trabajo. La “lucha de clases” (es decir, la política en cuanto antagonismo subjetivo) sobredetermina la producción ideológica y la producción material gracias a un

conjunto de enunciados y capacidades organizativas que se manifiestan como proyecto, experimentación y prospección original de la realidad (Lazarus, 1993). La sobredeterminación es, pues, el lugar de la efectividad política: consiste en trazar una trayectoria novedosa en cada situación a partir de un punto de inflexión que coincide con la enunciación de un principio (por ejemplo: “lucha es diferente de gestión”) y la decisión de ponerlo a prueba.

En el caso de mis interlocutores de UTAA, la enunciación y la validación del principio que los norteaba a la hora de proponer el reencauce de la política de su organización encontraba soporte en una experiencia específica con el pasado. Esta experiencia, en parte contingente, en parte deliberada, será objeto de especial atención en el presente artículo. Concretamente, me propongo “reflexionar en la reflexividad” de tal experiencia, lo que significa evidenciar cómo fue enunciada y qué tipo de determinación pudo desplegar entre acción política pretérita y acción política presente. Si, de acuerdo con Althusser, las políticas encuentran sus condiciones de posibilidad allí donde las constituyen y las reproducen y si, en el caso de UTAA, el pasado se convertía en soporte para enunciar la posibilidad de una inflexión política en ciernes, entonces las indicaciones de Walter Benjamin sobre las constelaciones críticas entre pasado y presente también resultarán centrales en mi ejercicio de indagación. Para Benjamin (2001 [1940]), los grandes hechos asociados a la historia del Estado no son la superficie más adecuada para buscar la materia prima efectiva que otorga al recuerdo político el carácter de una verdadera “chance revolucionaria” de cambiar la coyuntura actual por medio de un redimensionamiento del alcance de las “historias oprimidas”. El autor sugiere que el lugar de las luchas colectivas

del pasado no es exactamente aquel que se les asigna en la marcha victoriosa de las estructuras de soberanía, aun cuando estas parezcan estar en condiciones de acomodarse en su interior, de forma más o menos violenta, a todas las objeciones que algún día se les interpusieron. Habría, entonces, un desfase persistente entre el devenir temporal del orden dominante y las heterogeneidades subjetivas que en él se pretende administrar y gobernar. El reconocimiento, en clave de ruptura, de este desfase sería el resultado posible de un procedimiento de escisión. Mediante dicho procedimiento, ciertos fragmentos de las luchas pretéritas se separarían de la historia dominante —donde su sentido ya estaba supuestamente dirimido— para, enseguida, conectarse con la indeterminación redentora de un nuevo presente.

Estas orientaciones preliminares resonarán y se amplificarán a lo largo de las sucesivas etapas que estructuran mi exposición. En el primer apartado, volveré al relato de la ya mencionada colaboración entre UTAA y los trabajadores de Green Frozen para discutir las consecuencias de que un vislumbre específico del pasado intervenga activamente en el repertorio estratégico de las luchas políticas actuales. Mi planteamiento es que, al impactar en el devenir de las luchas presentes, ciertos fragmentos del pasado revelan cualidades nuevas que redefinen su propia historicidad. En el segundo apartado, busco resonancias entre la experimentación con el pasado que se practicaba en UTAA en 2015 y las tesis de Benjamin (2001 [1940]) relativas a la inscripción activa del “pasado oprimido” en los paisajes de lo contemporáneo. Estas coordinadas teóricas me llevan a discutir, en el tercer apartado, bajo qué “ángulo de visión” los fragmentos de viejas luchas populares cobraban relevancia en lo

concerniente a las inclinaciones combativas del movimiento popular de los cortadores de caña de azúcar de Bella Unión. En las consideraciones finales, argumento que la autonomía y el antagonismo político preconizados por la dirigencia de UTAA en 2015 radicaban en una relación singular con el pasado, la cual podría denominarse “acto político de recordar”. Al postular una contemporaneidad entre cursos de acción que están separados cronológicamente, ese tipo de acto tiene el potencial de introducir una determinación disruptiva en el devenir reglado y relativamente predecible de la vida cotidiana.

¿Re-escenificar una derrota?

Desde el anuncio del cierre de Green Frozen, a fines de 2014, sus trabajadores venían atravesando un periplo cansador, marcado por reuniones fallidas y promesas dudosas que parecían enfrentarlos con la imagen angustiosa de su propia impotencia. En abril de 2015, habían decidido llevar adelante una ocupación permanente de la planta industrial, en aras de presionar al gobierno nacional y al propietario de la empresa a negociar soluciones definitivas para su situación, preferentemente por medio de la reactivación de la línea de producción. Desde entonces, las únicas respuestas concretas que recibieron del poder público consistían en un par de órdenes de desalojo e insistentes propuestas de recualificación profesional mediante cursos gratuitos de capacitación. La más reciente orden de desalojo les había sido entregada en la mañana del 21 de septiembre. Por la noche, ese mismo día, los dirigentes de UTAA convocaron una reunión intersindical para discutir qué hacer al respecto.

Sentados alrededor de la mesa de trabajo, los funcionarios de Green Frozen no disimulaban el desánimo y la perplejidad. Algunos ya evaluaban desocupar la fábrica. Parecían estar asimilando una lección de economía política que resuena periódicamente en Bella Unión desde mediados de los años noventa: los trabajadores agroindustriales deben ser lo suficientemente flexibles como para acompañar las oscilaciones y reconversiones de la economía local.

Green Frozen era fruto de un proceso de diversificación productiva que, hacia fines de la década de 1970, buscaba preparar a Bella Unión para la reducción de las ventajas competitivas de la agroindustria azucarera uruguaya, en vísperas de la apertura de los mercados regionales⁷. Dado que ese intento de reorganización de la economía local no fue capaz de absorber la mano de obra descartada por la retracción de los cañaverales, a mediados de los años dos mil la producción cañera volvió a ser fomentada por el gobierno, pero ahora en el contexto del llamado Complejo Sucro-Alcoholero (CSA), un plan bioenergético destinado a la sustitución parcial de la importación de combustibles fósiles. El retorno a la producción de la caña de azúcar se dio en desmedro del desarrollo de la horticultura, que dejó de recibir las líneas especiales de financiamiento que lo habían beneficiado en los años precedentes. Si en la década de los noventa los obreros de la caña de azúcar tuvieron que lidiar con la pérdida de cientos de puestos de trabajo en nombre de la modernización de la economía local, en 2015 ese papel competía a los empleados de la industria hortícola en bancarota. Sin embargo, pese al carácter aparentemente implacable de su destino, persistía entre esos trabajadores un profundo malestar y la vaga sensación de que su drama podría llevar a un desenlace distinto.

Sandro se aferró con todas sus fuerzas a ese hilo de esperanza: estaba decidido a transponerlo al terreno de la “lucha”. Bajo los retratos de Sendic, él y otros dirigentes de UTAA formularon un plan de acción ambicioso que encontró en los trabajadores de Green Frozen una adhesión entusiasmada.

En la madrugada del día estipulado para el desalojo de la fábrica, un miembro del sindicato llevó a la sede de UTAA varios metros de cadenas de acero y algunos candados. Muy pronto se pondría en marcha una estrategia de lucha cuya última aparición contundente en Bella Unión había tenido lugar en 1992, cuando la asociación patronal de los productores de caña decidió recortar salarios en forma unilateral, a pesar de los acuerdos establecidos en el convenio laboral firmado con sus empleados. En aquella época, ante la ruptura del convenio, los trabajadores llevaron a cabo dos medidas de lucha: por un lado, con el objetivo de disuadir a la patronal, organizaron una huelga salarial que se mantuvo de pie por 18 días; por otro lado, buscaron sensibilizar a la población local y nacional declarando una huelga de hambre que tuvo inicio el 29 de septiembre frente a la catedral de Montevideo. Sandro, quien se había enterado de esas historias en diálogo con los viejos militantes de UTAA, estaba dispuesto no solo a replicarlas en un nuevo escenario, sino también a protagonizarlas directamente.

Las cadenas de acero depositadas en la sede del sindicato fueron trasladadas a la planta de Green Frozen al amanecer del día 29 de septiembre, coincidentemente la misma fecha de la huelga de hambre de 1992. A las seis de la mañana, los huelguistas se encadenaron al portón principal de la fábrica, bajo una intensa cobertura de la prensa local y una discreta

vigilancia de la policía. Por la tarde, una oficial de justicia fue recibida en el patio de la empresa, donde el abogado de los trabajadores le explicó que “en realidad” allí no estaba ocurriendo una ocupación, sino un intento de proteger el patrimonio de Green Frozen. Según el abogado, en caso de que la fábrica fuera cerrada, sus dependencias quedarían expuestas a la depredación, lo cual privaría a los trabajadores de aquellos bienes cuya subasta pública podría, quién sabe, asegurar el pago de los sueldos e indemnizaciones adeudados por el patrón. Luego de escuchar este argumento, la oficial de justicia tuvo a bien postergar el reintegro de propiedad hasta que el responsable de la empresa garantizara las condiciones adecuadas para la protección del patrimonio embargado. Con la desocupación de la fábrica suspendida por un tiempo indeterminado, los manifestantes decidieron levantar la huelga de hambre que habían iniciado tan solo diez horas antes de la llegada del Poder Judicial. Esta sería la última medida de lucha contundente adoptada por los empleados de Green Frozen en la batalla en defensa de sus puestos de trabajo.

Los dirigentes de UTAA recibieron con tristeza las primeras noticias sobre la paulatina desmovilización de los obreros de la horticultura. Con todo, sus propias rutinas sindicales y los limitados recursos financieros a su disposición dificultaban el sostenimiento de un compromiso permanente con la lucha de los trabajadores de otro sector de la economía. Emilio, una de las figuras más destacadas del sindicalismo cañero, me explicó que, además de las evidentes limitaciones logísticas padecidas por su organización, también había un factor de orden ideológico que lo desestimulaba a seguir cooperando con los sindicalistas de Green Frozen. Él entendía que los dirigentes sindicales de la horticultura se

mostraban demasiado proclives a la “gestión”, es decir, se dejaban pautar fácilmente por los “términos” y los “tiempos” de los patrones y el Estado. Su actitud “sometida” habría trastocado irremediablemente el ánimo de las bases del sindicato, lo cual inviabilizaba cualquier estrategia más contundente de movilización política.

Para noviembre de 2015, casi dos meses después de la huelga de hambre, ya no había trabajadores en las dependencias de Green Frozen y un equipo de seguridad privada se encargaba de proteger el patrimonio de la empresa. Toneladas de alimentos se pudrieron en las cámaras refrigeradas luego de que se cortara el suministro de energía eléctrica de la planta industrial. En 2016, el gobierno prorrogó el seguro de paro de los 150 obreros de la industria, al tiempo que algunos de ellos empezaron a organizar una cooperativa con la intención de dedicarse al cultivo de hortalizas. Hasta 2017 este proyecto aún no había salido del papel y sus formuladores ya empezaban a dispersarse gradualmente en búsqueda de nuevas fuentes de trabajo.

La lucha de los obreros de Green Frozen fracasó en forma similar a la huelga de hambre de 1992, que le había servido de referencia. La movilización colectiva de inicios de los noventa no fue capaz de revertir los recortes salariales impuestos por la patronal: “los tipos se plantaron y se perdió esa huelga, se perdió de forma total”, rememoraba Esteban, un viejo dirigente sindical que había estado intensamente comprometido con las reivindicaciones salariales de esa década. “Después, vos no te imaginás lo que era llegar a las chacras... no te daban pelota”, añadía. Considerando las ponderaciones de Esteban podríamos interpretar la huelga de hambre de 1992 como

un desdoblamiento desesperado e ineficaz de la huelga salarial. En efecto, este sería el único balance posible de las luchas realizadas en aquel año si las inscribiéramos en la cronología de su propia derrota. En este caso, cabría preguntarnos por qué, entonces, esas luchas aparecieron ante los ojos de los dirigentes sindicales de 2015 como una estrategia de intervención política notable y digna de ser replicada. Preliminarmente, sugiero que el resurgimiento de la huelga de hambre como táctica sindical viable en ese momento constituye un dato decisivo que no solo recalifica lo sucedido 25 años antes, sino que también describe la singularidad de la política emprendida por UTAA durante mi período de trabajo de campo en Bella Unión. Esta es una hipótesis benjaminiana y será necesario volver al marxismo de Walter Benjamin para desarrollarla.

Rastros del pasado: índices activos

En un libro paradigmático para los estudios de la memoria en América Latina, Elizabeth Jelin (2002) sostiene que las memorias son procesos subjetivos que se organizan en torno a experiencias vividas, marcas simbólicas y materiales. Asimismo, las memorias serían objeto de disputas que involucran a diferentes “emprendedores de memoria” —asociaciones de la sociedad civil, movimientos populares, partidos políticos, etc.— con sus respectivos dramas, sufrimientos, apuestas colectivas y estilos de enunciación (Jelin, 2002). Las claves de análisis que elaboro a continuación comportan, en alguna medida, las premisas asentadas por Jelin, aunque enfatizan en unas modalidades poco institucionalizadas, relativa-

mente asistemáticas, sorprendentes, contingentes e individualizadas de afectarse por los rastros materiales de lo que ya no tiene lugar en el presente. Como veremos, el desafío consiste en analizar de qué manera el contacto con ciertos “índices históricos” puede activar o realzar una dimensión acontecimental y singular del pasado, al tiempo que re-condiciona las posibilidades de la acción política presente.

Inspirados por el pensamiento de Benjamin, algunos antropólogos han subrayado la relativa autonomía de las imágenes y constructos del pasado respecto de cualquier intento ulterior de interpretación y estabilización narrativa (Ramos, 2008, 2016; Kohn, 2002)⁸. En palabras de Ana Ramos (2016), la materia prima del recuerdo podría concebirse como unos “índices históricos” de *maleabilidad limitada* (p. 64). Estos índices “no siempre se articulan en narrativas o tramas, o no siempre adquieren sentidos políticos y vivenciales para las personas”, razón por la cual deberíamos pensarlos como “claves potenciales de interpretación” (Ramos, 2011, p. 144). Abordar la producción de la memoria a partir de la intervención de los “índices históricos” implica

Circunscribir[la] como un tipo de plegamiento en el que las experiencias adquieren sentido de la síntesis dialéctica entre significados heredados del pasado y otros emergentes del presente. Síntesis que se produce cuando desde un ahora de cognoscibilidad particular [se] *iluminan*, en ciertas imágenes del pasado, los índices *históricos* para orientar las interpretaciones del presente. (Ramos, 2016, p. 61, énfasis en el original)

Siguiendo a Eduardo Kohn (2002), podemos decir que, si las memorias son fruto de la irrupción dialéctica de los rastros del pasado en el espacio intelectual del presente, entonces no convendría entenderlas “únicamente como la

inscripción del presente en el pasado, o sea como una tentativa relativamente autoconsciente de construir narrativas que solo son significativas en los términos de las agendas o aspiraciones actuales” (Kohn, 2002, p. 562). Las interacciones localizadas entre el presente y el pasado son algo más que “epifenómenos” de las luchas contemporáneas y no se limitan, por tanto, a actualizar los principios estructurantes de la acción social vigente: ellas están basadas en “poderosas imágenes no discursivas” que pueden ser “convincientes sin ser totalmente entendidas” (Kohn, 2002, p. 563) y que se donan a sucesivos actos de bricolaje, interpretación y fabulación que jamás anulan su conexión básica con algo que, por haber “ocurrido realmente”, no se agota en el proceso de su representación. Según nos dice Kohn, “lo que realmente sucedió es una fuente constante de inspiración potencial, alojada [...] en imágenes poderosas, frecuentemente enigmáticas que a veces permanecen inactivas” (2002, p. 563). Esta inactividad espera por tornarse en su opuesto cuando, por alguna razón, sea necesario tensionar el presente con la potencia de aquello que no le pertenece de antemano y que, a través del recuerdo, podría abrir camino a virtualidades inauditas.

El recuerdo, es decir, el acto de acoger determinados índices históricos en el pensamiento, habilita nuevas comprensiones del pasado, al tiempo que nos devuelve una imagen específica de quien opera el recuerdo: el que recuerda y lo que es recordado se leen el uno en el otro; pasan el uno a través del otro: se compenetran. “Por eso —escribe Benjamin (2013)— los auténticos recuerdos no deberán exponerse en la forma de relatos, sino señalando con exactitud el lugar en que el investigador se apoderó de ellos” (p. 99). Los objetos del recuerdo revelan su sentido

posible desde la correlación con una intelección presente que los ilumina a partir de unas inquietudes y voluntades propias. Tal procedimiento convierte a los objetos del recuerdo, “arrancados de todos sus contextos anteriores”, en “objetos de valor en los aposentos sobrios de nuestra comprensión tardía” y en fuentes para la composición de “una imagen de quien recuerda” (Benjamin, 2013, p. 99). Al enfrentarse con algo antiguo que aparece en la superficie del tiempo vivido, en plena acción, las personas tienen la oportunidad de captar la “constelación crítica” que coloca a cierto fragmento del pasado cara a cara —y en correspondencia— con el presente. La captación de una imagen fugaz de las luchas pasadas se transforma, entonces, en el punto de partida para volver a indagar en la naturaleza de esas mismas luchas, ahora en función —y a partir— de su conexión con procesos colectivos actuales. Lo que *es* entra en constelación con lo que *fue* para, de este modo, postular un instante pretérito que se vuelve *inmediato* al presente de quienes recuerdan.

Los rastros de un acontecimiento pasado que se dirigen a nuestro presente serían duraciones de pulso vital variable que, luego de recorrer caminos probablemente inextricables, nos alcanzan de golpe y nos proporcionan, quizás, unas experiencias únicas, “originarias en cualquier presente” (Benjamin, 1989, p. 92). En cuanto índices históricos, los rastros fragmentarios del pasado evidencian que algo simplemente aconteció: un gesto antiguo cuya originalidad radical puede percibirse a la luz de otra experiencia auténtica, verdaderamente *política* (Benjamin, 1989); una experiencia capaz de “hacer saltar una época determinada del curso de la historia [...], una determinada vida de la época o una determinada obra de la obra general” (Benjamin, 2001 [1940], p. 51).

Sin ser independiente de cierto proceso de producción –y tal vez exactamente por ello–, lo que “salta” del contexto original preserva una autonomía potencial frente a su posterior captura y determinación en el *continuum* de la historia. Dicha autonomía es *verificada*, una y otra vez, por lo que podríamos llamar un acto político de recordar.

La dimensión política de ese acto reside, precisamente, en su capacidad de verificar la persistencia transhistórica de la práctica humana que se ha acumulado a lo largo de los años bajo la forma rarefacta del indicio. Si en el campo de visión abierto por el acto político de recordar el indicio pasa a existir en la condición de una determinación real, ello sucede porque, subyacente al indicio, se supone una práctica que no fue dirimida en contextos anteriores, aun cuando se la haya interrumpido, derrotado, condenado a la ruina y la disgregación. Al volverse sensible a esa práctica, el sujeto del acto político de recordar se torna él mismo extemporáneo: es afectado por algo que en su propio tiempo no existe, en principio, como determinación, sino tan solo como el rastro de un deseo evanescido. El proceso de constatar el pulso vital de este deseo –ayer materializado en actos y hoy sutilmente insinuado en rastros– despliega un pasado no habitual detrás del sujeto que recuerda. A su vez, dicho pasado redimensiona los márgenes de acción percibidos en la actualidad. Es por eso que, en sintonía con Benjamin, un autor como Alain Badiou puede argumentar que a fin de cuentas “no hay más que presentes dispares cuyo resplandor puede medirse por su potencia de desplegar un pasado que esté a su altura” (Badiou, 2008, p. 559).

Múltiples pasados desembocan, entonces, en la plenitud de un tiempo-ahora para el cual nada

está perdido desde que un acto político así lo delibere. Es la actitud de ponerse bajo la determinación de un viejo y tenue pulso vital la que define el aspecto propiamente político de los recuerdos que practicaban mis interlocutores de UTAA. Esta actitud consiste, en primer lugar, en la disposición de decidir que lo sucedido en otra época en realidad no ocurrió completamente, sino que es parte de un movimiento que exige nuevos gestos de quienes lo perciben, con tal de desarrollarse y multiplicar sus consecuencias. El acto político de recordar es, al mismo tiempo, decidido y necesario: si quienes lo emprenden han sentido la necesidad de hacer algo con los rastros de una intensidad pretérita que los afecta de golpe es porque ya estaban compelidos a actuar –en el límite, incluso la decisión de no hacer nada ya sería, de todos modos, reaccionar concretamente a una determinación insoslayable–. Operar la continuidad de un movimiento otrora reprimido es permitir que, en palabras de Bruno Bosteels (2016), “aquello que no ocurrió pueda hacerse. No estamos hablando de una aniquilación retroactiva de la escisión, pero sí de la introducción redentora de una escisión allí donde previamente no existió ninguna” (p. 105)⁹. Aquí, la “escisión” redentora sería la interrupción del *continuum* que liga determinado gesto a la historia de una derrota. Una vez interrumpida esa continuidad fatídica, el gesto reaparece como un acontecimiento que se deslinda de su presunta historia y, por ende, deja de estar condenado a un fin –aun cuando admita múltiples recomienzos–.

Pasado en política: gesto sin época

“Hay un montón de historia detrás de mí...” –reflexionaba Emilio lacónicamente desde la

habitual silla donde recibía el atardecer con el mate entre las manos. Si en el presente ese “montón de historia” aun poseía alguna fuerza movilizadora para él, era porque “soñás con el espíritu de lucha, con esas historias que escuchabas de gente que salía a pelear”. Sentada en un banquito a su lado, Beti, hermana de Emilio, ponderaba que “luchar” no era una disposición permanente para ella. Con un deje de melancolía, confesaba que durante buena parte del tiempo su tendencia era la de pensar que “de futuro, así, no hay casi nada” más allá de los “intereses personales”, es decir, del trabajo y el cuidado de sus tres hijos. Sea como fuere, ella seguía participando en las actividades de UTAA e intuía que hacerlo era vivir “una experiencia importante”, pues le permitía cuestionar y transformar, con diferentes grados de intensidad, las restricciones y las arbitrariedades impuestas por el mundo del trabajo. Beti comentaba que de vez en cuando, tarde por la noche, prendía la computadora y buscaba informaciones en YouTube. Quería “saber realmente qué fue todo eso, la tierra, Sendic”: palabras sueltas que resonaban por ahí en documentales, entrevistas o filmaciones de marchas y protestas un poco más recientes. “También me encanta conversar con Esteban —añadía Beti—, conversar con la gente más vieja”. La presencia física de esa “gente más vieja”, que llegó a encarnar las palabras extrañas que mi interlocutora escrutaba en internet, parecería indicar que alguna vez “todo eso” tuvo un sentido y una capacidad de convocatoria reales.

Por medio de los relatos de los “viejos” y los fragmentos de experiencia retenidos en el ciberespacio, Emilio y Beti se dejaban impregnar por la extraña visión de otra época. En esta visión, las cosas lucían muy distintas a lo que suelen ser hoy en día y las personas

actuaban de maneras sorprendentes. “Si vos mirás, todo empieza acá en el norte. La revolución de Uruguay empezó acá, de la mano de UTAA”. “El tema —proseguía Emilio— es que nosotros a veces no nos damos cuenta de lo que tenemos acá *porque lo vivimos*”. Reparemos en el carácter paradójico de esta reflexión: “no nos damos cuenta [de que la revolución empezó acá] porque lo vivimos”. Emilio ayuda a aclarar la tesis: “podés tener una visión diferente de una misma cosa que está pasando porque la estás mirando desde otro ángulo”. El punto de partida para hacer algo distinto no reside en la vivencia contemplativa de los hechos, sino en la mirada, o sea, en el “ángulo” desde el cual una determinada “cosa” puede abordarse. Soñar con el viejo “espíritu de lucha”, con “esas historias” contadas por compañeros y parientes, significaba algo más que visualizar hechos consumados que marcaron la biografía de algunos con las glorias del combate, el resplandor de la victoria o las sombras de la derrota. En efecto, se trataba de reaccionar a las evidencias de lo sucedido a partir del propio presente, introduciendo en él la posibilidad de una elección existencial. Si por un acaso nos sentimos capaces de “decir sí, los derechos son míos, yo quiero cambiar de vida, cambiar la vida de mis hijos, no solamente la mía” y reconocer que “UTAA es movilización”, entonces “hasta nuestra conducta cambia y viejas consignas empiezan a vivir”. Emilio evaluaba que “el ser humano, cuando tiene que pasar bien, él pasa bien, pero si tiene que estar en una situación extrema, sobrevive también, con menos que nada”. En estos términos, la capacidad de acción individual y colectiva no sería una consecuencia inmediata de las circunstancias dadas, sino más bien el efecto de la adopción de un “ángulo” de visión que niega el presente y que revela la inadecua-

ción de los vivos ante la realidad que les tocó experimentar. El recuerdo de las viejas luchas y sus consignas, cuyos índices abundaban en las paredes de la “casa de UTAA” y se dejaban oír en la voz de los viejos, era el soporte para operar una des-identificación en relación con el presente, gracias a un desvío de perspectiva –o cambio de ángulo– que correlacionaba a los actuales dirigentes del sindicato con una decisión de “cambiar de vida” ya profesada por otras personas en tiempos pasados.

Cuando Emilio hablaba de “cambiar de vida”, observemos que su deseo, informado por la imagen fantasmal de las antiguas luchas, también abarcaba a una generación futura, representada en la figura de los hijos. Él soñaba el pasado y soñaba el futuro, así como antes de él otros también soñaron a sus antecesores y sucesores. Con todo, entre soñar el pasado y soñar el futuro se interponía un momento de decisión; un momento sin el cual el primer fenómeno no podría conducir al segundo y quedaría encerrado en el terreno de la nostalgia. A la luz de Benjamin, podríamos preguntarnos si esa decisión crucial no sería una especie de despertar súbito entre dos sueños; un despertar que realiza la “síntesis entre la tesis de la consciencia onírica y la antítesis de la consciencia de vigilia” (Benjamin, 2005, p. 466). Si es así, “el momento del despertar será entonces idéntico al ‘ahora del reconocer’, en el cual las cosas muestran su verdadera cara –surrealista” (Benjamin, 2005, p. 466). La realidad se vuelve objeto de un delirio lúcido, atravesado por los fragmentos del sueño, cuando el sujeto atraviesa aquel punto de síntesis que, en las reflexiones de Emilio, está señalado por la resolución de decir “sí” a los sueños de los viejos e imitar su actitud, citando sus astucias en las de uno mismo, quizás no como una prueba de

reverencia dogmática, sino como una especie de profanación creadora. Sandro, por ejemplo, sabía que “hoy podemos luchar sin miedo a un calabozo, sin miedo a una reja [...] [porque] *tenemos compañeros que la han luchado*”. Sin embargo, algunos de estos compañeros le suscitaban “grandes decepciones” porque “están alineados con todo el sistema político a pesar de los años [de cárcel] que se comieron”. Imitarlos significaría recuperar sus gestos del devenir biográfico en el cual parecían estar aprisionados y volverlos otra vez disponibles a la práctica de nuevos experimentos políticos. En definitiva, cuando el recuerdo y la profanación confluían para exorcizar la alianza entre el paso del tiempo y la resignación, tenía lugar un acto intempestivo –un *sí*– que abría el presente a la intervención creadora de la política.

Al parecer, la decisión de imitar en 2015 una estrategia inaugurada en 1992 reflejaba, simultáneamente, una apuesta y una hipótesis. *Apuesta* a una capacidad de acción que interrumpe el curso normal de la vida y convoca a la gente a formular alternativas frente al actual estado de cosas. *Hipótesis* según la cual, si “hay un montón de historia detrás de mí” es porque otros compañeros ya ejercieron, en su propio tiempo, aquella misma capacidad de acción que hoy en día sus sucesores pretenden actualizar. Después de todo, la huelga de hambre de 2015 realizó un gesto político que se remontaba al “espíritu de lucha” de “gente que salía a pelear”, aunque los sentidos últimos de ese “espíritu” seguían siendo ampliamente enigmáticos e insondables para quienes se proponían invocarlo en el presente, a partir de su propia capacidad de acción. De todos modos, conocer los pormenores de las antiguas apuestas realizadas por el sindicato no era algo indispensable cuando se trataba de reanudar

un combate. Siendo así, unas pocas imágenes y palabras bastaban —“lucha”, “Sendic”, “revolución”, la mirada confiada del “viejo” en un retrato colgado de la pared— para, al decir de Badiou (2012), “fijar” un “incidente”, “preservar en la lengua el rastro de una separación” (p. 332), el índice de que algo excepcional simplemente aconteció y nos fue entregado a través de los conductos asistemáticos de la tradición, como un estímulo a la experimentación colectiva y al sueño, a la imitación y al recomienzo. “Lo que resta —agregaría Michael Taussig (1995)— y lo que es activo y poderoso, es la palabra misma, enigmáticamente incompleta” (p. 153).

En el acto político de recordar se insinúa la hipótesis según la cual las luchas pretéritas fueron esfuerzos por “cambiar de vida” que resuenan en el presente como una especie de promesa que solicita la fidelidad de quienes saben oírlos. En este registro de pensamiento, el pasado aparece como un impulso duradero que respalda posibilidades por venir y que encuentra en dichas posibilidades la redefinición de su propio destino. En las famosas “tesis” de 1940, Benjamin atribuyó al “materialismo histórico” la tarea de “fijar una imagen del pasado como se introduce en el momento de peligro”, cuando la tradición corre el riesgo de ser absorbida por el conformismo y el “sujeto histórico” se aferra a ella con todos los recursos disponibles en su contexto, de modo de evitar la entrega de sí mismo (y de la tradición) a la condición de “instrumento” de la “clase dominante” (Benjamin, 2001, p. 45). A diferencia del “historicismo”, el “materialismo histórico” solo puede cumplir su cometido cuando el presente se siente interpelado por una “imagen del pasado” (Benjamin, 2001, p. 45) y la descontextualiza radicalmente, revelando en ese movimiento atrevido que aquella imagen siempre estuvo y

estará disponible, desencadenada y fuera de lugar, ajena a todas las tentativas posteriores de captura, encadenamiento, localización y dotación de sentido. A partir de ahora, y desde siempre, la imagen habrá sido el rastro de una singularidad mimetizable que viene en nuestro auxilio cuando el peligro acecha: tal es el efecto de verdad que el recuerdo político está en condiciones de producir y que el “materialismo histórico” se propone retener.

Frente a semejante efecto de verdad, toda contextualización historicista suena abusiva. De hecho, como lo observa Taussig (1995), “cuando se habla de contextualizar, invariablemente se hace referencia a la historia y las relaciones sociales del Otro que deben configurar ese talismán denominado contexto y que por una parte aclara la verdad y el sentido, y por otra los aprisiona” (p. 65). El “Otro” al que se refiere Taussig es la heteronomía que va arrastrando todo lo que sucede en un torrente de sentido aprisionador, que da legibilidad a lo ocurrido a costa de restarle singularidad. Las determinaciones y condicionantes de un tiempo —que, dicho sea de paso, no son otra cosa que el sentido de la realidad formateado por los poderes dominantes de una época— capturan el acontecimiento en su cadena de causalidad y tienden a dirimir en ella su destino, sus sentidos y sus consecuencias en forma inapeable y duradera. El acto político de recordar es, precisamente, lo que interrumpe esta cadena. A su vez, el “materialismo histórico” constituye un dispositivo conceptual que asegura la repercusión teórica del acto de recordar, en cuanto opone sus efectos de verdad a la soberanía del historicismo y anuncia la tesis devastadora según la cual existe una dimensión del pasado que no responde positivamente a la pretensión de quienes buscan la verdad en la sucesión y

el encadenamiento cronológico de los hechos (Benjamin, 2001 [1940]).

Ciertos acontecimientos pertenecerían, pues, a una duración centelleante, que se abre y se cierra de golpe, una y otra vez. Su “historia” solo se volvería palpable en esas secuencias intermitentes que configuran el tiempo “mesiánico” de la emancipación; un tiempo cuya estructura es la de una mónada: “articular históricamente el pasado no significa ‘conocerlo como verdaderamente fue’. Significa apoderarse de un recuerdo tal como relampaguea en el instante de peligro” (Benjamin, 2001 [1940], p. 45), en ese instante decisivo en que la luz del recuerdo alcanza el pensamiento de los vivos y lo inserta en una constelación tensa que se “cristaliza en mónada” (p. 51). En tal constelación, reconocemos el signo de una “detención mesiánica del acontecer o, dicho de otro modo, una *chance* revolucionaria en la lucha por el pasado oprimido” (Benjamin, 2001 [1940], p. 51, énfasis en el original). Para Benjamin, es en el espacio de la mónada donde se revela un “acuerdo secreto entre las generaciones pasadas y la nuestra”: “éramos esperados sobre la tierra. También a nosotros, entonces, como a toda otra generación, nos ha sido conferida una débil fuerza mesiánica, a la cual el pasado tiene derecho de dirigir sus reclamos” (p. 43).

Hay, entonces, “un montón de historia” que no ha sido resuelto ni en el presente de ayer ni en el presente de hoy. Lo sabemos porque se trata de un tipo de historia que no está incluido en ese pasado victorioso que Pierre Bourdieu (2002) definió con precisión: un pasado “que se vuelve presente en las prácticas [que han sido] estructuradas de acuerdo con sus principios” (p. 177). Ahora bien, no hay prácticas estructuradas en las cuales sobrevivan los “principios”

inmanentes a ese “montón de historia” sobre cuya postergación el orden social prospera y multiplica sus formas legítimas de realización personal y colectiva. De ahí su carácter enigmático y su fuerza interpelante. Hace falta “cambiar de ángulo”, como decía Emilio, para poder revivir una historia en la cual se descubre el índice de lo que también habría sido un viejo “cambio de actitud”, es decir, una sustracción a lo que se suele hacer durante la mayor parte del tiempo, cuando “de futuro, así, no hay casi nada”. De hecho, hubo gente que “salió a pelear” y de su gesto brotaron unas palabras y nombres –“Sendic”, “revolución”, “huelga de 1992”– que sonaban instigadores a los oídos de quienes los recordaban, al tiempo que parecerían anacrónicos o anodinos desde el punto de vista de aquellas prácticas que no se estructuraron bajo su influencia. Pero si tanta historia quedó atrás, esperando por redención, es porque también se impusieron muchas derrotas. Es conveniente reconocerlas: “se perdió de forma total [en 1992]”, me decía Esteban. No existe comprensión histórica que sea capaz de suavizar *a posteriori* la marca de la derrota. Hacerlo sería una infidelidad a las ambiciones de la “pelea”. La derrota clausuró efectivamente las posibilidades contenidas en la “pelea”, les negó actualidad, las inscribió en un pasado que seguramente no es el mismo que conceptualizara Bourdieu.

En 1992 se formó una Comisión de Apoyo que, poco antes del comienzo de la huelga de hambre, imprimió unos carteles para respaldar y difundir esta medida de lucha impulsada por UTAA. Los carteles traían estampada la imagen de un cortador de caña de pies descalzos y sombrero de paja, sosteniendo el facón en una de las manos y alzando la otra como quien dice “presente”. Lucero, la esposa de Esteban,

guardaba en casa algunos ejemplares de esos carteles. Sobre la esquina superior derecha de uno de ellos, alguien escribió el siguiente mensaje y firmó en nombre de la Comisión de Apoyo el 14 de septiembre de 1992: “el valor todo lo puede, hay que tenerse confianza y lo que el valor no pueda lo ha de poder la esperanza...”¹⁰ A la luz de lo que he venido argumentado hasta aquí, el mensaje de la Comisión de Apoyo constituye una insospechada clave de lectura para los acontecimientos de 1992: una vez agotado del “valor” —es decir, la osadía y la firmeza para llevar a cabo un plan—, todavía

subsiste la “esperanza”, que es la promesa de una potencia venidera. La esperanza es el débil soplo de vida que sobrevive a la derrota. ¿Qué otra cosa podría ser ese débil soplo de vida sino las palabras que restaron luego del fin del acontecimiento que alguna vez las volvió pronunciables y necesarias? Era en estas palabras, frágilmente atadas a un acontecimiento terminado, que mis interlocutores verificaban una capacidad de acción que no solo *les correspondía*, sino también les reclamaba el concurso de su propia y tenue “fuerza mesiánica”.

Afiche de la huelga de hambre de 1992.

En la esquina superior derecha, el mensaje de la Comisión de Apoyo.



Fotografía tomada por el autor.

Consideraciones finales

En 2015, el proceso de desarrollo de la política popular impulsada por UTAA en la zona de Bella Unión atestiguó la irrupción de viejas palabras y nombres en los cuales la dirigencia sindical identificó un indicio enigmático de ciertas capacidades y posibilidades colectivas que parecían aguardar una consumación o al menos un prolongamiento actual. En aquella época, la preocupación de mis interlocutores no se concentraba exactamente en reseñar hechos históricos concretos, sino más bien en acceder, mediante los rastros fragmentarios de un pasado que hacían suyo, a la evidencia básica de una perturbación pretérita en el flujo estable de la rutina. Aquellas mismas palabras que saturaban las paredes de la casa de UTAA reaparecían en el discurso de los dirigentes sindicales cuando estos pretendían enunciar una capacidad de acción que tuvo lugar en determinado tiempo y que, aun estando ausente en el aquí y el ahora, podría, de todos modos, encontrar condiciones adecuadas para volver a manifestarse. La recuperación de esas palabras en el devenir de las luchas del tiempo presente aseguraba una conexión entre antiguas apuestas militantes y nuevas movilizaciones colectivas. El concebir la existencia fragmentaria de lo ya ocurrido como si fuera el índice de un “cambio de ángulo” susceptible de actualizarse en el momento presente define los contornos mismos del acto político de recordar. Como argumenté a lo largo del artículo, el recuerdo político constituye un ejercicio intelectual que captura las huellas de las apuestas colectivas pretéritas en cuanto

registros inmediatos de una intensidad singular. Estos registros preservan un nombre y una frágil materialidad, pero están despojados de toda afiliación exhaustiva al contexto histórico supuestamente definitorio en el cual se dieron a conocer originalmente.

En ocasiones, al pasado se le permite ejercer su eficacia sin rendir cuentas a ninguna contextualización *a priori*. Esto sucede por medio de un acto político de recordar que se desmarca de los relatos factuales, ya sean doctos o no, y reivindica la autonomía de su propio registro reflexivo. Una característica inherente al acto político de recordar es la descontextualización radical que imprime a aquellos rastros del pasado que se enredan en las tramas de su peculiar proceso intelectual. Aquí, las secuencias de palabras e imágenes heredadas de las luchas de antaño adquieren importancia en la medida en que se presentan como fragmentos sobre los cuales es posible especular intensivamente. En ese sentido, la imagen y la palabra ya no son leídas en la superficie de un enunciado secundario que les garantizaría un lugar invariable en la sucesión cronológica de los hechos históricos. Al contrario, las palabras y las imágenes, en cuanto índices históricos de la política, se dejan abordar como una especie de duración sutil y perenne del gesto antiguo que algún día las instituyó. Una vez reconcebido, dicho gesto instituyente podría ser nuevamente buscado en los cuerpos que habitan el presente, a fin de trasladarlos del tiempo predecible de la resignación al tiempo experimental de la lucha política.

Notas

¹ Dicha investigación se llevó a cabo en el marco de mis estudios doctorales en Antropología Social y recibió financiación del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina. Este artículo recupera y re trabaja ciertos escenarios de mi trabajo de campo en el contexto de nuevas elaboraciones conceptuales y esfuerzos interpretativos.

² Desde inicios de la década de 1970, el Frente Amplio reúne a las principales fuerzas partidarias de la izquierda y la centroizquierda uruguayas. A partir de su triunfo en los comicios presidenciales de 2005, esta coalición inauguró una secuencia ininterrumpida de gobiernos nacionales que se extendió hasta 2019.

³ En Moraes (2021c) analizo cómo las demandas agrarias de UTAA han sido administradas en el marco de una política gubernamental de desarrollo que pretendió convertir a sus respectivos beneficiarios en productores eficientes de caña de azúcar. Desde una perspectiva que conjuga el pensamiento de Gilles Deleuze y Félix Guattari con el análisis marxiano de los sistemas de crédito, examino la convergencia conflictiva entre lucha agraria y desarrollo rural, conceptualizándola como un equipamiento inestable de captura del deseo colectivo.

⁴ En lo que se refiere a la emergencia de la lucha agraria y sindical en el norte uruguayo, cabe mencionar, también, el trabajo de Yamandú González (1994) y el comprometido relato de Mauricio Rosencof (1989).

⁵ “Peludo” es como se autodenominan y son denominados los cortadores de caña de Bella Unión. El vocablo hace una analogía entre el animal conocido como tatú-peludo y el aspecto de los

cortadores durante el proceso de trabajo: encorvados sobre las plantas de caña, con el cuerpo teñido de pies a cabeza por el hollín y el carbón del cañaveral quemado.

⁶ Alfonsina Santolalla (2020) discute el antihistoricismo de Althusser a partir de una reevaluación del historicismo absoluto de Gramsci haciendo coincidir ambas posiciones en una problemática de las temporalidades plurales. Martín Cortés (2018) explora afinidades entre el althusserianismo y algunos marxismos latinoamericanos en torno a las nociones de tiempo y política. Para un contraste entre la noción althusseriana de entrelazamiento de tiempos diversos y los conceptos de tiempo que se desprenden de la teleología hegeliana y la escatología benjaminiana, véase Morfino (2011).

⁷ Esta apertura comercial vino a consumarse en 1991, cuando la firma del Tratado de Asunción oficializó la creación del Mercado Común del Sur (MERCOSUR).

⁸ Estos estudios se inspiran en las relecturas de Benjamin realizadas por autores como Richard Wolin (1994) y John McCole (1993).

⁹ Bosteels teje sus reflexiones a partir de un diálogo con el pensamiento de José Revueltas (2003), para quien los “actos profundos” son aquellos mediante los cuales la acción frustrada de otrora se despierta del letargo bajo la luz de un nuevo gesto que describe su mismo ímpetu.

¹⁰ Se trata de la penúltima estrofa de *Tanta vida en cuatro versos*, una canción de Washington Benavides y Eduardo Larbanos que se hizo célebre a mediados de la década de 1970 en la interpretación de Alfredo Zitarrosa.

Bibliografía

Althusser, L. (1988 [1970]). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado: Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.

_____. (2015a [1967]). Sobre la dialéctica materialista (de la desigualdad de los orígenes). En L. Althusser, *La revolución teórica de Marx* (pp. 132-181). Buenos Aires: Siglo XXI.

_____. (2015b [1969]). El objeto de “El Capital”. En L. Althusser & E. Balibar, *Para leer El Capital* (pp. 81-196). Buenos Aires: Siglo XXI.

Badiou, A. (2008). *Lógicas de los mundos*. Buenos Aires: Manantial.

_____. (2009). *Compendio de metapolítica*. Buenos Aires: Prometeo.

_____. (2012). *Condiciones*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Benjamin, W. (1989). *Discursos interrumpidos I: Filosofía del arte y de la historia*. Buenos Aires: Taurus.

_____. (2001 [1940]). Tesis de filosofía de la historia. En S. Verlag (Ed.), *Ensayos escogidos* (pp. 43-52). México: Coyoacán.

_____. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal, 2005.

_____. (2013). Desenterrar y recordar. En A. Mancini (Ed.), *Cuadros de un pensamiento* (p. 99). Buenos Aires: Imago Mundi.

Bosteels, B. (2016). *Marx y Freud en América Latina: Política, psicoanálisis y religión en tiempos de terror*. Madrid: Akal.

Bourdieu, P. (2002). *Esboço de uma teoria da prática, precedido de três estudos de etnologia Cabila*. Oeiras: Celta.

Cortés, M. (2018). Asincronías: Notas sobre el tiempo y la política, entre Althusser y el marxismo latinoamericano. *Demarcaciones*, 6, 1-8.

González, Y. (1994). *Los olvidados de la tierra: Vida, organización y luchas de los sindicatos rurales*. Montevideo: Nordam.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI.

Kohn, E. (2002). Infidels, virgins and the black-robed priest: A back woods history of Ecuador's Montaña Region. *Ethnohistory*, 49(3), 545-582.

Lazarus, S. (1993). Althusser, la politique et l'histoire. En S. Sylvain (Ed.), *Politique et philosophie dans l'œuvre de Louis Althusser* (pp. 9-28). Paris: Presses Universitaires de France.

McCole, J. (1993). *Walter Benjamin and the antinomies of tradition*. Londres: Cornell University Press.

Merenson, S. (2016). *Los peludos: Cultura, política y nación en los márgenes del Uruguay*. Buenos Aires: Gorla.

Moraes, A. (2019). *Esfuerzo de lo posible: Política, desarrollo y deseo en el extremo norte del Uruguay*. (Tesis inédita de doctorado). Universidad Nacional de San Martín, San Martín. Disponible en el Repositorio Institucional UNSAM en: <https://ri.unsam.edu.ar/handle/123456789/884> (Consulta: 19.05.2022).

_____ (2021a). Política en "estado de necesidad": Análisis de una secuencia autonómica de subjetivación en el extremo norte de Uruguay. *Desacatos*, 66, 140-153.

_____ (2021b). Nomes do possível: Autêntica lembrança a estudo sequencial das políticas autonômicas no extremo norte do Uruguai. *Margens*, 15(24), 21-45.

_____ (2021c). Lucha agraria y equipamiento de deseo en el contexto de la reactivación de la industria azucarera uruguaya: Un abordaje marxista-deseante. *Cuadernos de Antropología Social*, 53, 199-215.

Morino, V. (2011). Escatología à la cantonade: Althusser para além

de Derrida. *Cadernos Espinosanos*, 25, 11-30.

Ramos, A. (2008). El nawel y el pillañ: La relacionalidad, el conocimiento histórico y la política mapuche. *World Anthropologies Network E-Journal*, 4, 57-79.

_____ (2011). Perspectivas antropológicas sobre la memoria en contextos de diversidad y desigualdad. *Alteridades*, 21(42), 131-148.

_____ (2016). La memoria como objeto de reflexión: Recortando una definición en movimiento. En A. Ramos, C. Crespo & M. Tozzini (Eds.), *Memorias en lucha: Recuerdos y silencios en contextos de subordinación y alteridad* (pp. 51-69). Viedma: Universidad Nacional de Río Negro.

Revueltas, J. (2003). *Material de los sueños*. México: ERA.

Rosencof, M. (1989). *La rebelión de los cañeros y los hombres del arroz*. Montevideo: TAE.

Santolalla, A. (2020). Historicismo y temporalidades plurales en los desencuentros y reencuentros entre Gramsci y Althusser. *Thémata*, 62, 105-124.

Taussig, M. (1995). *Un gigante en convulsiones*. Barcelona: Gedisa.

Wolin, R. (1994). *Walter Benjamin: An aesthetic of redemption*. Berkeley: University California Press.